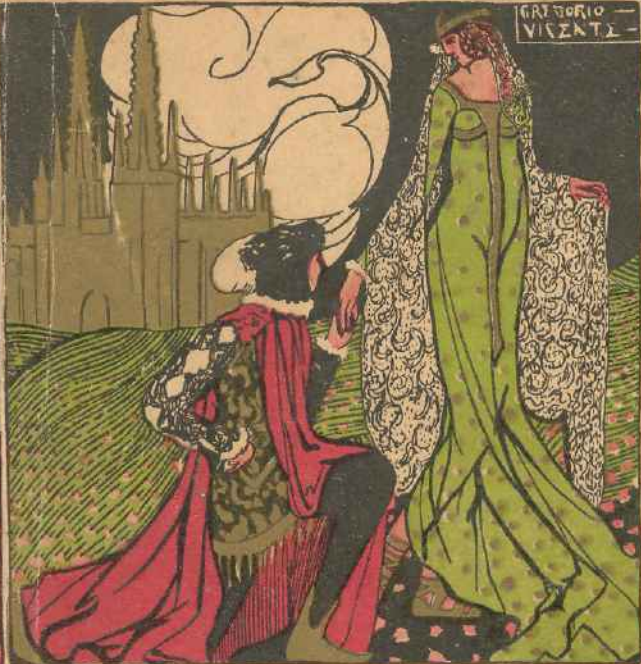


GRIGORIO
VICENTE



TELA = TELA - D
TE PENÉLOPE

POR
FRANCISCO VILLAESPESA

SUCESORES DE HERNANDO. — EDITORES



LA TELA DE PENÉLOPE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESÍA

Intimidades.—Flores de almendro.—Luchas.—Confidencias.—La copa del rey de Thule.—El alto de los bohemios.—Rapsodias.—Las canciones del camino.—Tristitiæ rerum.—Carmen.—El patio de los Arrayanes.—Viaje sentimental.—El mirador de Lindaraxa.—El libro de Job.—El jardín de las Quimeras.—Las horas que pasan.—Saudades.—In memoriam.—Bajo la lluvia.—Torre de marfil.—Andalucía.—Los remansos del crepúsculo.—El espejo encantado.—Los panales de oro.—El balcón de Verona.—Palabras antiguas.—Jardines de plata.—Collares rotos.—El libro de los sonetos.—El velo de Isis.—Lámparas votivas.—Ajimeces de ensueño.

EN PRENSA

Las palmeras del oasis.—La cisterna.—La musa gitana.—La casa del pecado.

PROSA

El milagro de las rosas.—El último Abderramán.—La venganza de Aischa.—Zarza florida.—Breviario de Amor.—Las joyas de Margarita.—Vida y Arte: I. Julio Herrera Reisig.—Las granadas de rubíes. Fiesta de poesía.—Las garras de la pantera.—La tela de Penélope.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas. (Tragedia árabe en cuatro actos y en verso.)
Doña María de Padilla. (Drama histórico en tres actos y en verso.)
El Rey Galaor (Tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro.)
Judith.—Tragedia bíblica en tres actos y en verso.)
Era él. (Poema en un acto y en verso.)
Ensueño de una noche de invierno. (Poema lírico en tres cantos y en verso. Música de Ramón María Montilla.)
Abén Humeya. (Tragedia morisca en cuatro actos y en verso.)
El Halconero. (Poema trágico en tres actos y en verso.)

- El idolo roto. (Comedia en un acto y en prosa.)
 Un nocturno de Chopin. (Comedia romántica en un acto y en prosa.)
 Pascua de Resurrección. (Comedia en un acto y en prosa.)
 La Leona de Castilla. (Tragedia castellana en cuatro actos y en verso.)
 El Pirata. (Poema dramático en tres actos y en verso.)
 La Maja de Goya. (Episodio dramático en cuatro actos y en verso.)
 La Cenicienta. (Poema en un acto y en verso.)

TRADUCCIONES

- Hernani. (De Victor Hugo.)
 La Gioconda. (De Gabriel d'Annunzio.)
 La cena de los Cardenales. (De Julio Dantas.)
 Rosas de todo el año. (Del mismo.)
 Don Beltrán de Figueroa. (Del mismo.)
 Dolor supremo. (De Marcelino Mezquita.)
 Almas enfermas. (Del mismo.)
 La hostelera. (De Goldoni.)
 Betina. (De Alfredo de Musset.)
 Noche veneciana. (Del mismo.)
 Al vado ó al puente. (Del mismo.)
 Lorenzaccio. (Del mismo.)



FRANCISCO VILLAESPESA

R-7602

LA CELA

DE

PENÉLOPE

ILUSTRACIONES DE MOYA DEL PINO

MADRID

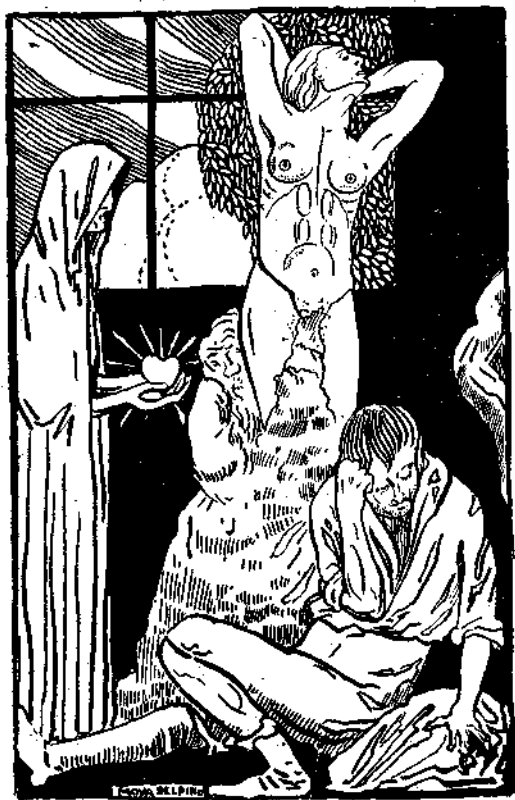
IMP. ARTÍSTICA DE SÁEZ HERMANOS

Calle de Monserrat, 7.

1914



ES PROPIEDAD





En las horas de íntimo recogimiento,
en esas horas de suavidad y de encanto,
en las cuales mi cámara de poeta se viste
de fiesta y se engalana con las flores más
raras del ensueño, para recibir digna-
mente á la ilusión fastuosa y alucinante
de tu recuerdo, con el fervor de un lapi-

darío antiguo, he cincelado estas joyas nupciales, capaces, por la pureza de su oro y la maravillosa claridad de sus gemas, de acompañar las danzas de Belkis, la amada morena de Salomón.

Mientras humean en los pebeteros de plata las fragantes y perversas lujurias del Oriente, y la crueldad divina del Amor solloza en las guz as y suspira en las flautas, yo he realizado el milagro de transmutar todas las ansias de mi cuerpo y todos los anhelos de mi alma, en fabulosas floraciones de rubíes, esmeraldas, zafiros, amatistas, topacios y crisoberilos, para bordar de refulgentes

constelaciones la quimera zodiacal de tu manto.

Al sentir sobre tu piel de nardo, sensibilizada hasta la hiperestesia por el deseo exasperado, la mordedura fría y corrosiva de las joyas, y en tus brazos, en tu cuello y en tus muslos, el serpenteo metálico y sonoro de los brazaletes, los collares y las ajorcas, piensa que son mis labios, mis dientes y mis brazos — toda mi carne y todo mi espíritu — que se enroscan en ti, y te besan y te oprimen y te muerden, en la lujuria infinita de este amor que tiene la destructora voracidad de las llamas.

En un rico cofrecillo de sándalo con arabescos de marfil y nácar, un esclavo nubio, desnudo y bello como una estatua de basalto, custodia — hasta tu Alcázar de leyenda — sobre un dromedario, el presente que mi amor te envía desde las más remotas Arabias del ensueño.

Cuando en la soledad gris y monótona de tu prisión, hiles en la rueca de la esperanza el lino de tus quimeras, y en tus labios, sedientos de besos, florezcan las divinas estrofas de la balada germánica :

«Hubo en Thule cierto Rey,
que á su amada fué constante
hasta el día en que murió...»

El relampaguear insólito de estas joyas te hará palidecer de rubor, y llevar-te, de súbito, las manos á la castidad de los senos, cual si de repente te sorprendiesen desnuda, en la transparencia del baño, las miradas violadoras y voraces de todos los sátiros del Deseo...

Y las dulces y suaves notas de la balada se romperán en tus labios en un temblor de besos y en una agonía interminable de suspiros.

II





Al aparecer en mi camino, con tu gracia ondulante y elástica de pantera joven, me has dado el espejismo de otra vida más amplia, más profunda, más sutil, como si fueses la encarnación de todos los divinos engaños y las más bellas mentiras del Universo.

Deslumbraste mis ojos en una glorio-

sa tarde de Primavera, en que todo parecía hecho y pronto para el Amor, para un amor inextinguible, que como el fénix de la leyenda, muriese y resucitase perennemente de sus propias cenizas.

El crepúsculo se difundía en el mármol antiguo de tu rostro, como si fuese un velo de sombra y de oro, dándote el prestigio secular y misterioso de los más bellos y terribles mitos del Oriente.

Venias pálida de inquietud y de ensueño, como una per'a enferma de nostalgia, y bajo el marco floreal y sombrío de tus cabellos profusos, tu palidez se espiritualizaba hasta lo monstruoso.

El temblor palpitante de los músculos y de las manos te daban la apariencia de una cosa alada.

Tus extremidades eran tan fluidas que daban una sensación de inexistencia, y los ropajes de pliegues nobles y tonos claros, armonizaban tan justamente con la hermética fragilidad de tu silueta, como si hubiesen brotado de tu propia substancia y por ellos corriese también, animándoles, tu misma sangre.

Parecías tener dos almas : una misteriosa y extática, encantada en la profundidad nocturna de tus ojos, perdidos en una mística lejanía de imposible.

Y otra, devastadora y cruel, temblando de deseo, en la púrpura encendida de tu boca, de tu boca insaciable, húmeda de voluptuosidad, como si saborease entre sus dientes la presa jugosa y sangrienta de mieles de una granada madura.

A tu presencia palidecí como si comprendiese que algo nuevo comenzaba en mi vida, algo dulce, fatal, profundamente triste, y cruzado, como una noche de tempestad, de relámpagos crueles.

Y desde entonces, te amo con tan salvaje violencia que hay momentos en los que me parece que siento crujir mis hue-

sos, próximos á estallar, y que mis venas y mis ojos van á romperse, porque no pueden ya contener la febril explosión de mi cariño.

¿Qué divino milagro hay en tus ojos insondables?

Cuando me miras, diríase que es tu alma quien me mira, y me siento desvanecido en humo, en incienso, en plegaria, en un anonadamiento infinito, como si todo mi ser se disolviese en Dios.

¿Qué terrible misterio de sangre ocultas en tu boca roja?

No lo quiero saber. Cuando sonríes, siento que las uñas se clavan en mis car-

nes, y los dientes muerden en los labios, hasta hacerlos sangrar, como si al paladear la sangre gustase también todas las dulzuras y las embriagueces de tu boca.

Yo te amo, porque eres enigmática y paradójica, porque eres ágil y lúbrica, grave y mística, porque eres todo el amor y el odio del mundo, porque tienes la frente y las manos de santa, los labios finos y crueles, y los ojos de serpiente y de paloma, de leona y de gacela de que habla el maravilloso poeta del desierto...





A veces creo que no existes en la realidad, que eres sólo una quimera vana, una sombra alucinante de fiebre, pues no concibo que siendo de carne humana, teniendo corazón, puedas contemplar impasible este dolor brutal, que como lepra insaciable, va devorando los huesos de mi carne y la medula de mi alma.

Una estatua, esculpida en la materia más dura, se hubiese estremecido ya de dolor, hubiese tendido, en un arranque milagroso, sus brazos de mármol á mi cuello para ahogarme de felicidad en ellos.

Si tu esencia es humana, debes ser un monstruo.

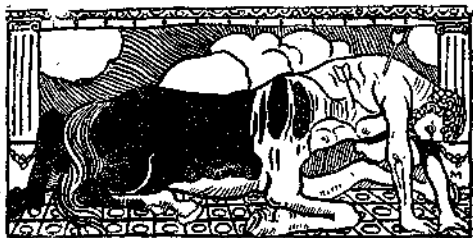
Debes tener, en tu corazoón de hiena y en tus entrañas de chacal, acumulado todo el veneno de la tierra y toda la diabólica perversidad del infierno.

Me atormentas, me inquietas, me atraes, me rechazas, juegas conmigo y te burlas de mí.

Y mi corazón es en tus manos igual
que esos juguetes que rompen los niños,
por curiosidad, para ver lo que tienen
dentro.

Si las heridas del alma sangrasen, tú
no podrías mirar tus manos sin sentir,
como Lady Macbeth, el horror de la san-
gre y el remordimiento del crimen.





¿Por qué me abandonas? Por qué te vas? A tu lado, por ti y para ti, yo segaría con mi hoz de oro los más altos, verdes y frondosos laureles. Mi magnificencia fabricaría alcázares maravillosos, donde las horas y los siglos pasasen como visiones de ensueño.

Conquistaria, con mi amor, los más fabulosos y lejanos imperios de la Inmortalidad... Y los héroes más fuertes y los Dioses más altivos, se inclinarían á tu paso, deslumbrados por el fulgor eterno de mi gloria. Porque tú eres para mí la fuerza más potente, el torbellino de ambición y de grandeza, capaz de transportarme á la meta suprema del Universo. Mas si te alejas, si tú te vas ¿qué va á ser de mí?

La hoja seca á merced del viento, el náufrago entregado á la tempestad, estarán más seguros de su destino.

¿Qué van á hacer, lejos de ti, mis ojos

estos pobres ojos que sólo viven de los tuyos, por el deseo de verte y la esperanza de contemplarse algún día en el espejo encantado de tus pupilas?

Si tú te vas será como si me arrancasen las retinas.

Se quedarán mis ojos inmóviles, llorando en la obscuridad, como dos huérfanos ciegos.

¿No te dará pena de su orfandad y su ceguera?

¿Los dejarás perecer, deshechos en lágrimas de sangre, porque ya no les queda llanto?

¿Qué va á ser de mis manos, de estas

pobres manos que sólo viven para las tuyas, para soñarte, para acariciarte, y para convencer á mi corazón de que no eres una quimera, sino realidad tangible y gloriosa?

Sin ti, sin tus manos, las mías son como dos míseros tullidos abandonados por todos entre las llamas de un incendio.

¿Vas á dejarlas morir en el martirio inaudito del fuego?

¿Qué han de hacer mis labios si tú te marchas para siempre?

Mis labios que sólo para ti se mueven y hablan, que sólo por ti y para

rien, concentrando en el panal de su sonrisa todas las mieles de los besos, ¿para qué me servirán, si contigo han huído todas las armonías y todas las dulzuras de la tierra?

¿Cómo vas á dejar á estos pobres mudos, sin amparo y sin consuelo en medio de la inquietud alucinante de la vida?

¡Oh, no te vayas!

Te lo piden mi alma, mi corazón, mis ojos, mis manos y mis labios; todo mi espíritu y toda mi carne, anhelante de ti y soñando con tu presencia.

Te lo suplico en nombre de cuanto existe de santo y bello sobre la desola-

ción de la tierra... ¡Por mí, por ti misma, por la felicidad de los dos, que es la única que podemos encontrar en la vida!...

El amor que se va no regresa.

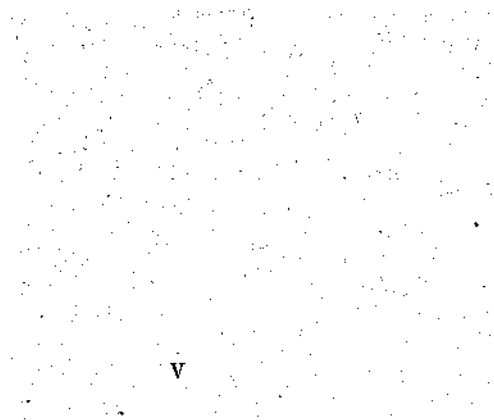
Y si acaso, milagrosamente torna, mejor fuera que no tornase, porque vuelve desfigurado; tan otro que no sólo no podemos reconocerlo, sino que además nos causa repugnancia su presencia. Y entonces los amantes se paran con extrañeza, se miran fijamente, ansiosamente, hasta el fondo de los ojos, como si buscasen algo perdido, y desilusionados de no encontrarse, se dicen á sí mismos,

viendo los estragos del tiempo y las vicisitudes de la fortuna :

— ¿Y ésta es aquélla?

— ¿Y éste es aquél?

Y se alejan en silencio, sonriendo melancólicamente al ensueño que acaban de enterrar en sus almas.







Muchas noches no sólo te presento en
torno mío, sino que te siento y hasta te
miro á mi lado vigilando mi angustia.

Me parece que te acercas, sigilosa, á
mi lecho, desnuda de todo pudor, con un
perturbador ofrecimiento en los senos
turgentes y blancos, una promesa tortu-

radora en los ojos voraces y una invitación paradisiaca en los labios pletóricos de infinito.

Y estremecido de deseo, me alzo del lecho, te tiendo los brazos, y te busco, con impacencias de niño, entre los cortinajes, en los ángulos, detrás de las puertas y bajo las sábanas...

Recorro como un loco la casa, llamándote á gritos, buscándote por todas partes, sin saber que jamás podré encontrarte, porque no estás fuera de mí sino en mis ojos y en mi corazón, en el fondo de mi alma...

¿Qué me importa que me ames ó no,

que seas mía ó de otros, si tengo la certidumbre que así como tú vives en mí, yo vivo también en tus recuerdos inalterable y fatal como nuestro propio destino?

¿Ves esa sombra que te acompaña siempre, como un esclavo etíope á una reina fabulosa, que cruza por donde cruzas, que se pierde contigo en las noches de luna, por las largas avenidas de cipreses que terminan en el estanque donde los cisnes esperan las caricias de tus manos?

Esa sombra soy yo: mi amor que te espía, que te vigila y ampara, que no te

abandona un momento, y que cuando la tierra te cubra con su abandono y sus olvidos impenetrables, se sentará allí á llorar eternamente sobre la losa de tu sepulcro, al pie del ángel y de la cruz de mármol...

Todo será inútil, todo... Y algún día, acaso las manos de tu amante te ahoguen, al oírte pronunciar, en los espasmos fugitivos del placer, la incoherencia de mi nombre, como yo lo pronuncio, á veces, inconscientemente, entre los brazos mercenarios de un amor de alquiler... Porque yo amo tu carne en la carne de todas las mujeres, como también

amo la luz de tus ojos en el fulgor de
todas las auroras y el perfume de tu
aliento en el perfume de todas las flores
de la tierra.



DEL EPISTOLARIO DE ELLA

I





Yo no os escribo la dulce carta, que mi corazón ha compuesto, como respuesta á vuestras páginas impregnadas de perfume y de luz. De escribírosla tal como la siento, no podría mirarme ya nunca al espejo, temerosa de verme en su cristal encendida de rubor... Porque

hay ciertas cosas que las mujeres no pueden confesar ni á su propia conciencia.

• Limitóme, por lo tanto, á agradeceros profundamente el regalo imperial de vuestras confianzas.

¿Con qué?... Sólo mi alma lo sabe... Y mi alma es muda, no tanto por respeto á mí misma, como por temor á haceros desgraciado, aún más de lo que sois, con la inoportunidad de mis sinceridades.

El anuncio de vuestro viaje me ha llenado de satisfacción...

¿Podremos esperar que la próxima Primavera nos traiga á los dos, como un

presente floreal, un nuevo bien que nos torne fuertes contra todos los males, y una fortuna que nos haga olvidar todos los dolores sufridos?...

Cuando vengáis á esta tierra de encanto, al arrullo de este mar azul, os diré por qué hoy, yo, no puedo soñar vuestro magnífico sueño, porque hoy, debo, rudamente, rechazar vuestra esperanza, esperanza tan llena de poesía, tan prometedora de felicidad, tan humana y á la par tan divina, que me ha conmovido profundamente...

Pero yo os ruego, á pesar de todo, os ruego, amigo mío, por todo lo que da

más santo haya en vuestros recuerdos, que no me olvidéis entretanto. Es cierto, sí, cuanto habéis soñado... Es cierto... En mi corazón podríais encontrar las palpitaciones de aquel corazón que tanto amasteis y del que no queda ya ni el polvo de los sepuleros... Sí, sí, en mis labios podrían reflorar, para embriagaros de ternura, la sonrisa perdida y recordada y añorada eternamente... Y en mis manos y en mis ojos encontraríais también todos los divinos consuelos y todas las humanas felicidades que fueron á perderse en el olvido de la nada...

Es cierto, y yo he tenido que hacerme á mí misma una violencia inaudita para no ver esta visión de paz, para no extender, pronta á vuestro reclamo fraterno, mis brazos fieles de enamorada, á través de los montes y del Océano.

Yo os aseguro la más orgullosa victoria, y le pido á Dios, de rodillas, en mis constantes oraciones, que derrame sobre vuestra dolorosa soledad el bálsamo de todos los consuelos... Y ¿por qué no decirlo? ¡¡Diera hasta la última gota de mi sangre, porque mis pequeñas manos inocentes os pudiesen conducir, eternamente, por un camino de sol y de flores, por

una senda gloriosa, amplia y llana, ignorada de la vulgaridad y de la muchedumbre.

Enviadme siempre, si esto no os causa molestia, nuevas de vuestra vida atormentada de luchador, y creed en mi perpetua devoción y en mi sincero entusiasmo.

No extrañéis mis largos silencios, pues en ellos acaso, estoy más cerca de vos que amante alguna lo estuvo jamás de su dueño.

Gracias por todas las bellas cosas que me decís; gracias también por las que aún no me habéis dicho.

Yo os sabré pagar tanta delicadeza, con toda la efusión de mi alma y todo el afecto fraternal de mi corazón.

Pero mejor sería que me olvidáseis, que no me escribiéseis más, dejando morir tranquila, sin un nuevo anhelar, sin otra nueva esperanza, á esta enferma desahuciada de la felicidad...

Febrero, 1900.





¡Oh, hermano! ¡Oh, hermano! He recibido vuestra carta, como una consolación divina en estos días pasados de desolación y de sombra, y vuestro bello sueño de porvenir y de esperanza me ha hecho despertar, sin tristeza, de un antiguo sueño de amor.

Me decís que conocéis mi alma, que
quisieráis tenerla entre vuestras manos
para hacerla palpitar con todas las felici-
dades de la tierra y extasiarla con to-
das las paces del cielo...

Sofnemos, hermano... Sofnemos...

Yo vengo á ti, corazón dolorosamente
asaeteado por el amor...

Venid á mi encuentro...

Dadme rosas y rosas... Las espinas me
han lacerado, impidiéndome caminar...

Venid á mi encuentro... Esplenderán
aún los horizontes de primavera, si yo
puedo mirarme en vuestros bellos ojos,
como en los ojos de la fe...

Yo vengo á la patria nueva, para olvidar los destierros, las nostalgias, todo mi pasado de guerra y de derrotas...

Vengo, imagen de mansedumbre y de devoción, á prestaros compañía en vuestras noches de insomnio, á sonreír á vuestros trabajos, á poner un ramo de humildes violetas sobre vuestra escribanía, y dar á vuestros labios y á vuestra frente los besos con que sueñan, porque los han perdido...

Yo sabré ser para vos la amante, la esposa, la hermana, la madre, y la hija, todos los amores femeninos del mundo...

Soñemos, hermano mío... Sonriamos

á nuestro sueño. Mirémonos ahora en las almas, para poder después mirarnos mejor en los rostros...

Ahora es aún invierno, mas pronto Marzo nos dará la maravilla renovadora de su sol tibio...

¡Quisiera decirnos tantas ternuras, tantas cosas suaves y dulces!...

Mas no puedo aún; no es tiempo todavía...

Estoy enferma... pavorosa de tomar una medicina que recrudezca mi mal en vez de aliviarlo...

Tengo miedo de engañarme otra vez; de vivir, de todo lo que me rodea y de lo

que puede llegar. Tengo miedo, mucho miedo, de vos y de mí...

Perdonad que no os haya escrito tan pronto como deseabais... Tengo miedo, os repito...

Recordadme siempre, ¡oh hermano de arte, hermano de dolor, y hermano también de esperanza!, como yo os recuerdo á vos, á vos que podéis ser el amor eterno, la poesía que no pasa, la poesía soberana...

Febrero.





A veces dialogo con mi alma, y le digo
en un fiero arranque de orgullo:

«Alma mía, alma mía: sé fuerte y pro-
sigue tu camino.

No te detengas á sestear en el oasis.
Las flores y las aguas claras quizás es-
condan tósigos de muerte...

Alma mía, alma mía, á la sombra de las palmeras sueñas encontrar reposo — aunque sea breve — para tu caminar cansado y errante, y una sonrisa — aun la más leve — para la suerte ignota...

¡Alma mía, alma mía, los engaños te tienden de nuevo sus brazos rapaces, te llaman de nuevo con sus voces de oro!

¡No escuches esas voces de oro! Camina... ¡Cada promesa no encierra más que un nuevo afán!

Avanza siempre, avanza en el desierto.

Bajo el sol y el torbellino, avanza siempre serena...

No quedan rastros en los arenales...
El viento borra todos los pasos, lo mismo los firmes que los débiles...

Sin infamia, sin méritos, sin odios, ¡y sin amor!... ¡Alma mía, qué pena!

¿Eres tú, pobre alma, quien pide llorando un ramo de azahar, un blanco velo y una fragante cadena de albas rosas nupciales?

¡Alma mía, alma mía; camina, y conoce la verdad desnuda y triste!

No serán para tí, que eres pobre, ni los besos ni las flores...

Alma mía, alma mía, que eres como una niña huérfana y tímida, ¡tú no go-

zarás de nada! La vida es avara, y guarda terriblemente sus dones...

Alma mía, alma mía, tú morirás sola,
sin besos y sin flores...»

¡Os mando esas páginas dolorosas,
arrancadas de un pequeño libro donde
he ido anotando, pulsación por pulsa-
ción, todos los latidos de mi vida!

Marzo.





¡Oh, amigo mío, ¿no ha desgarrado
vuestro corazón la última carta que me
habéis escrito?

¿Aún pensáis en mí y me recordáis, á
pesar del tiempo, la distancia y mi silen-
cio, con la misma poesía é idéntica fe
que aquellos días remotos de ensueño y
de delirio?

Yo he estado en los umbrales de la

muerte, y hoy mismo os escribo aún con medio cuerpo enterrado dentro de la sepultura.

He pasado por los más atroces sufrimientos morales y materiales. No ha habido prueba por la cual yo no haya pasado, ni tortura á la que no haya estado sometida...

Todo lo he perdido, y soy ahora una pobre criatura que después de mirar arder su casa, se sienta sobre las ruinas, entre los escombros humeantes, para llorar lo irreparable de su fortuna...

Vuestro afecto es sólo la única estrella de mi obscura noche.

Pues bien, yo, hoy, os confío esta alma.

Os la confío para salvar de un supremo remordimiento esta ardiente juventud mía, que tiende desesperada los brazos á la altura, sin encontrar más que el vacío obstinado y cruel...

Mi alma está enferma de desilusión y de cansacio...

Vos, quizás, podréis curarla aún, haciéndole de nuevo creer en la virtud milagrosa de la vida...

Vuestras promesas pueden ser la salvación...

Yo venzo los mares, yo venzo la dis-

tancia y el tiempo, yo venzo el dolor y la muerte, y vengo á hacer florecer en vuestro corazón la augurada y eterna primavera...

¡Quizás, un día, el destino podrá unir nuestras aspiraciones, como unía en las antiguas monedas los perfiles reales!

¡Quizás, nuestras existencias enlutadas no encontrarán la resurrección con que sueñan!

¡Quizás!... Quizás este dolor podrá darnos la alegría, y esta comunión nos indemnizará de todos los afectos perdidos y de todas las esperanzas que huyeron...

Vos lloráis á una dulce mujer tan frá-

gil y tan suave que se perdió en la vida, como una sombra detrás de un cortinaje; yo lloro á un hombre que jamás vi y que tan sólo amé, en cartas apasionadas...

Vos lloráis un bien perdido; yo lloro un bien que soñé poseer...

La suerte tuvo para nosotros una palabra y una sonrisa...

Nosotros podemos recordar, conmemorar y enternecernos juntos...

En vuestra vida hay una virgen profundamente amada, que era digna del amor y fué presa de la muerte.

En mi vida hay un desconocido, que

va vivo entre los muertos, indigno de todo recuerdo...

Nosotros podemos darnos las manos, podemos caminar unidos, y creer que al final hemos de hallar un puerto y un reposo... A él confío la postrera esperanza de mi vida.

Mis manos se tienden á las vuestras, os las estrechan avaramente, os oprimen, como diciéndoos, en su mudo lenguaje:

—¡Volved á conducir á mi pobre alma desterrada, á su reino de amor y de paz!

¿Podréis abandonarme en esta desolación inaudita?

¿Podréis negar el apoyo de vuestro brazo á esta mísera moribunda del ideal, que lo necesita, no sólo para sostenerse, sino también para olvidar, por un instante tan sólo, todos los viles prosaismos de la vida?

¿Podrán vuestras manos negarse á cerrar los ojos, de los cuales habéis sido siempre el más dulce sueño y la más constante alegría?

Mandadme una sola palabra de aliento.

¡Es el único sorbo de agua que el destino ha concedido y puede conceder á la sed insaciable de mis desiertos espirituales!

... ¿Me lo negará también vuestra piedad?

Tan desengañada estoy de la vida que hasta de vos llego á desconfiar...

¡He sufrido tanto en estos años de soledad y de silencio, de diálogo constante con mi desgracia!

Necesito oiros, veros con estos ojos que sueñan con los vuestros perennemente, palparos con estas manos que solamente por vos alientan, para convencerme que no sois también, como todo, una quimera, una sombra intangible!

Decidme, sí, decidme, y repetídmelo en todos los tonos y á todas horas, que

vuestro sentimiento por esta ignota será más fuerte que todas las alegrías y que todos los dolores!

Enero.







Amigo mío, no he contestado antes á vuestra larga y afectuosa carta porque tenía el ánimo demasiado dolorido.

Yo he visto morir, por obra de la fatalidad, una poesía que creí había de conducirme á la más alta felicidad, y al más glorioso porvenir... Mas no hable.

mos de esto... Vos estáis aún en plena convalecencia, y es un verdadero crimen deciros que la vida es triste, que la traición es el único visitante de los corazones entusiastas y sencillos, que para nosotros, los soñadores, el camino es áspero y vacío, privado de luces y de flores.

¡Oh, amigo mío, vos sentís la deslumbradora nostalgia de los campos andaluces y de los mares latinos!...

Yo siento, en cambio, la nostalgia de un desierto donde jamás llegue un motivo de esperanza, ni aun pase la sombra de un hombre...

¡Oh, ignoto, oh, lejano amigo! ¡Yo sonrío á todas las dulces promesas que me hacéis y me enorgullece que esta correspondencia se mantenga firme en el tiempo y á través de todas las vicisitudes de la fortuna, brindándonos la recíproca consolación de su ternura inagotable!

Os envío esas pobres páginas de mi adolescencia. Leedlas con toda la indulgencia que os inspire mi amistad; florecieron sinceramente en mí.

Después mi juventud, que ha conocido la lucha y las verdaderas derrotas, que ha conocido la lucha horrible por el

pan de cada día, y que ha llamado desesperadamente al sol, vió nuevos horizontes y abrazó un arte más fuerte.

Vuestra pluma infundirá á estas pequeñas prosas el viejo perfume y la vieja frescura, y alguna bella jovencita de España pensará, con un poco de simpatía, en esta pálida y desterrada jovencita de Italia, que pasa eternamente los días mirando ansiosamente el mar azul, con la esperanza de verlo surcado por una nave blanca, por una vela blanca, que le traiga el mensaje de la fortuna.

¡Yo os auguro y deseo todos los bienes y todas las paces!

Aquí ya se presiente y adivina la primavera, en el aire suave y un poco cálido y en las flores de almendro que nievan el musgo florido de violetas...

Marzo, 1900.







Hoy te envié una cosa muy bella, ¿no
sabes, alma mía?

Te envié lo más santo y puro de mi
alma... con una golondrina...

Un beso muy grande, inmenso, infi-
nito...

¡Qué divino fué aquello...! ¡Si hubie-
ses visto!

Estaba repasando la lección de piano á mis hermanas, en una habitación muy chiquita y muy alta, desde donde se ven el sol y el campo.

Ensayaban unos estudios de Clementi, los eternos estudios que tanto fatigan á las niñas, cuando se entró por el balcón abierto á la tarde, un pájaro, pizando, chillando, que aleteó entre las flores de mi propio sombrero...

¡Qué alegría! ¡Qué risa!

Lo tiramos todo, pizarras, métodos, libros, hasta las sillas y el taburete...

La más pequeña cerró los cristales del balcón.

Palmoteábamos de contento...

El pájaro describía círculos inverosímiles, ascendía y bajaba, rápido, como una flecha, tropezando en las paredes, en los cortinajes, en el techo...

Se quiso escapar por un espejo... Y cayó en mis manos, sobre la vieja consola que preside tu retrato...

¡Qué bello! ¡Qué alas! ¡Qué cuello! ¡Qué pico!

Yo nunca había visto de cerca una golondrina...

Me daba pena soltarla y me parecía al par una crueldad inaudita no dejarla marchar...

No me atrevía á mover los dedos, temerosa de hacerle mal...

¡Si vieras cómo temblaba entre mis manos!

Parecía un corazón muy pequeñito, pero muy tierno, que tuviese pena, mucha pena...

Yo no debía retenerlo, robarle su libertad, ya que tenía la dicha de ser libre, allá, arriba, ¡en los cielos...!

Por fin, arrancamos un pedazo de cinta azul del abanico, una cinta menudita y estrecha, y le hicimos, sin lastimarla, un collar, con un lazo, alrededor del cuello...

Luego, las niñas la besaron, en la cabecita, y yo, que la tenía en las manos, le di un beso en el pico, un beso muy largo y muy dulce, que con el alma entera le pedí llevase á tus labios...

¡Abri los dedos y el ave escapó, casi orgullosa de su adorno!

¡Qué tristeza me dió el verla escapar, piando, feliz de verse libre de nuevo!

¿Adónde iría?

¡Quién sabe...!

Se perdió en el azul, brillando al sol como una flecha de oro...

Y mis ojos y mi alma la siguieron con una ansiedad tan angustiosa, que sentí,

por mis mejillas, resbalar la fría y lenta desolacion de las lágrimas...

¿Llegará á tí?

¿Llamará con su ala á tus cristales, como diciéndote: — Despierta, te traigo un mensaje y un augurio de felicidad?

¿Pasará, volando por tu lado, dejando en el aire que respiras, mi beso?

¡Alma mía, mira tú siempre á todas las golondrinas que pasen; y la que tenga un lazo azul, la más bella, la más fina y la más esbelta, esa es la mía, mejor dicho, la nuestra! Verás cómo ella también te reconoce...

¡Le hablé yo tanto de ti, en aquel mo-

mento inolvidable en que palpitaba entre mis manos!

¡Qué no hubiera yo dado, por poderme reducir, por haberme convertido en una cosa muy pequeña para abrazarme á sus alas, y volar, y volar, á través de los mares y de los montes, hasta tu soledad y tu tristeza y darte en los labios toda mi pobre carne hecha besos, y toda mi alma transformada en ternura, en suavidades, en delicadezas!...

Ama á las golondrinas; siquiera en recuerdo de ésta que te llevó lo más puro y santo de mi ser.

Abril 1902.

VII





Después de una semana de angustia espantosa, de incertidumbre mortal, recibo noticias tuyas, una carta que derrama en mi alma la más inefable de las alegrías...

Ayer te escribí una carta de negruras, de pesares...

Estaba el día cenizoso, impregnado de una poesía helada que se me entró en el alma, deshaciéndose allí en una lluvia de lágrimas...

¡Qué tristeza da esta lluvia, este frío que se infiltra en los huesos, que parece llegar á nosotros con ansias de muerte, extenuándonos, torturándonos, amortajando nuestra imaginación con no sé qué presentimientos de próximas descomposiciones!...

Nuestra boca siente la humedad de la tierra mojada, y parece que respiramos el aire de un sepulcro...

¿Qué terror nos domina? ¿Qué fantas-

mas terribles nos amenazan en esta semiobscuridad preñada de miedos?

Sentimos anhelos de gritar, de pedir socorro, de huir, y terminamos resignándonos á lo inevitable, á una agonía lenta y fría, como la lluvia que resbala por los cristales y extiende sus crespones de niebla sobre el llano...

Ayer, fué espantoso. Deseaba morir, renunciar á todo, entre aquellas dolorosas convulsiones que retorcían, destrozándoles, mi alma y mi cuerpo...

Pero hoy, esa misma lluvia y esa misma luz enferma y nostálgica, que lo emplomiza todo, en vez de desesperarme,

de martirizarme, me dan una divina languidez de fuego, que me hace morir, doblarme desfallecida; pálida y temblando de amor, sobre tu recuerdo...

¡Amor mío, será divino ver la lluvia, estando á tu lado, escondida entre tus brazos, con la cabeza refugiada sobre tu hombro!

¿Cuándo apagará el rumor de la lluvia el rumor de tus besos?

Vuelvo á escribirte, después de dos horas larguísimas y terribles, de una visita abrumadora.

.....

Vuelvo á ti, ávida, loca, á abrazarme

á tu recuerdo, á tu imagen, á tu fantasma. Yo no sé qué es esto que me acomete á veces... Es un delirio, un vértigo, un ansia inexplicable...

Siento como si se abriera mi cuerpo y saliera mi alma, á extenderse con su locura por todo el Universo, á subir, á elevarse al infinito, y, luego, inmensa, engrandecida, llegara á ti, á ser tu esclava, á morir á tus pies... á tus brazos, á tu boca...

Yo no sé si soy buena ó si soy mala, si sé, si ignoro, si vivo, si muero... Yo no sé nada, pero sé que te adoro, que muero de ti y por ti...

Fuiste mío, eres mío, serás mío, fatalmente mío, porque tu alma es ésta que siento palpitar en la mía, porque tu corazón es éste que oigo latir en mi pecho...

Octubre.





Te envío el rizo prometido.

Vacilaba mandártelo. ¿Sabes por qué?
Me parece mezquino, indigno de tus ma-
nos, de tus ojos, de tus labios.

Antes tenía yo el cabello muy bonito,
más claro, más brillante y más largo,
que me hubiese servido de manto.

A veces me entristezco al mirarme al espejo. Ya no me sonrío como antes. No. Me da rabia, vergüenza de mí. No me creo lo suficientemente bella para apasionar en mi rostro tu atención, para recrear constantemente tus ojos con una fiesta de belleza.

Yo quisiera ser una mujer extraordinaria, maravillosa, dotada de todas las perfecciones del alma y del cuerpo, inteligentísima, de una belleza suprema, para que fueses el dueño absoluto de cuanto grande hubiese en el mundo, todo reunido y exaltado en mí.

Sólo tengo mi alma, mi pobre alma,

que se entrega á ti, con sus ternuras, sus delirios, con todo lo que posee.

Mi alma que te adora, que te adora muriéndose de amor, muriéndose nostálgica de tus besos, de tu cariño, de ti... Te escribo con un ansia loca, como nunca, poniendo en cada palabra pedazos de mis entrañas.

He soñado contigo esta noche... No sé qué... Por más esfuerzos que hago no lo recuerdo. Pero debió ser algo muy dulce y muy bello, porque mi hermanita dice que cuando entró esta mañana á despertarme, yo sonreía... ¡Cuánto he sufrido estos días, amor mío, cuánto he sufrido!

Creí que huías de mí, que me abandonabas; y los pensamientos más terribles se aferraban á mi alma, destrozándola... Era como una pobre corza en un cubil de leones hambrientos!

Pensé destruir mi vida, destruirla enérgicamente, de un golpe, para siempre... ¿Qué iba yo á hacer en la vida sin ti?

Sin ti, la existencia es tan insuportable, tan tremenda y brutalmente fatigosa que me pesa, que me aplasta, que me aniquila, en una tortura fatal y plena.

Sufro; me muero; me muero sin ti; sin tu cariño, sin tus caricias...

Ven, ven por mí... Ten valor... Vuela; atraviesa los mares, el tiempo, el infinito, todo, y ven por mí... Llévame contigo, donde tú estés, á la gloria, al infierno, donde sea, á sufrir contigo, á gozar, á ser dichosa siendo tu esclava, plegándome á ti, convirtiéndome en tu sombra, en el aire que respires, en algo tuyo...

Yo no quiero estar tan lejos de ti. No quiero estar, no puedo estar sin verte.

Yo haré por ti las mayores abnegaciones, las heroicidades supremas.

Te daré todas mis energías, toda mi fortaleza, todas las delicadezas de mi

alma... Viviré para ti, ayudándote, animándote, siendo tu consuelo, tu amparo. ¿Qué cruz no resistirán mis hombros? ¿Qué abrojos no pisarán mis plantas, si siento en mis manos el calor de las tuyas, si puedo verme en tus ojos y oír tu voz?

Tú me amarás; sí, me amarás mucho. infinitamente. Me darás un amor desmesurado, como el mío, inmenso, que te haga estallar el pecho como á mí, que te transtorne, que te embriague y te enloquezca, como á mí.

Ven, ven, dime que me amas así, como nadie amó. Dímelo... No me mientas

nunca... Si tú me engañases, moriría de desesperación, troncharías mi vida!...

¡Oh, sería cruel, cruelísimo! ¡Desgarrarías mi pobre alma, mi pobre alma que tú mis no has despertado, y ante la cual has abierto horizontes infinitos de ternura...! ¡Sería una infamia inaudita...! Y mira, oye, esto que voy a decirte, muy bajito. Aun así y todo, te adoraría, moriría sin una queja, bendiciendo tu nombre, besándole, al escaparse por mis labios, con el último aliento de mi vida.

Agosto.





Hoy estoy mejor, mucho mejor.

Te envíó una sonrisa, una caricia... ¡y tantas cosas de mi corazón!

Sonríeme tú también. ¿Por qué nosotros mismos hemos de angustiarnos? Ya que nadie nos consuela consolémonos nosotros. Ya voy renaciendo, poco á

poco, pero renaciendo al fin. Quiero apartar de mí tanta cosa terrible, tanta cosa como quiere destruirme, hundiéndome para siempre en el vacío, en la nada. ¿No es verdad que sería muy triste que yo me deshiciera, que desapareciera para siempre, llevándome en los labios este beso ávido, que es la entrada de toda mi alma y de toda mi vida?

¿Por qué morir? Es pronto aún. Yo retengo con ansia — quiero retenerlas — la esperanza en mi alma y la salud en mi cuerpo, como el que se aprieta los bordes de una herida por donde se le escapa la sangre...

Quiero conservarlas para ti.

¡Si vieras cómo lucho! ¡Son tantos y tan grandes los golpes que en la sombra me asestan! Pero no temas. En el fondo de mi ternura hay algo vigoroso, algo salvaje é indomable, que sabrá unirse á tu alma, que la alentará, que la avivará, que la sostendrá en esta lucha...

Tú me has encontrado ya medio muerta, al venir. Enterrada toda mi fortaleza entre desdichas y adversidades, ¿qué iba á hacer?

Llegaste otra vez á ser mi visión. Te veía de nuevo sin forma real, como una cosa soñada. Quería atraer á mi espíritu

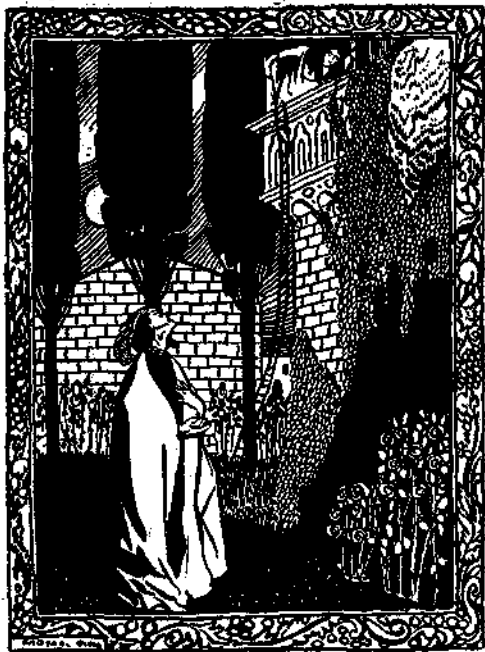
tu imagen y no podía. Se había esfumado completamente. No te recordaba de carne. Sólo tus ojos, una mirada tuya se reproducía alguna vez en mí, sacudiéndome. Y al mirarte á mi lado, al sentir tu contacto, al tocarte con mis manos febriles, me has aturdido, me has dejado el alma y los ojos llenos de asombro. No sé que te he dicho, ni sé lo que he hecho. Me has parecido una mentira, una burla de alguien contra esta pobre alma que enloqueció de esperarte. Y ansiando acercarme te huía; y ansiando hablarte me ahogaba el tumulto de palabras que acudían á mis labios...

¡Morir! ¿Por qué morir? ¡Si aún no hemos vivido la vida bella, la nuestra, la que nos reserva el Destino, tras de tantas violencias, después de tantas tiranías!...

No te abatas, no te desalientes. Soy yo, tu Amada, la que está ante ti, sonriendo, sonriendo. Toma de mis labios esa sonrisa de esperanza. Es tuya. Es tuya, como todo lo que en mí hay digno de pertenecerte. Yo te haré feliz, muy feliz, el más feliz de los mortales. Tú mereces una felicidad suprema, inmensa, sin límites, única como tu alma, y como ella infinita.

Todo cuanto tú sueñas, cuanto pida tu espíritu insaciable, todo te lo daré yo. Perdóname, perdóname. Yo quisiera decirte todo esto que me enloquece, este tumulto de ideas, palabras y sentimientos que me asfixia, pero no puedo... Y hay momentos en que me siento morir... ¡Qué frío, qué frío todo para expresar el fuego que llevo dentro! Me exalto, me quedo suspensa, extraña á todo, absorta, paralizada de tanto sentir, helada de tanto arder... No puedo, no puedo... Esto es tan grande, tan grande, que ya no sabe salir fuera de mis labios, y me ahoga, me ahoga... ¡Ten piedad de mí! Julio.

X





¿Qué hubieras tú hecho, al verme, de
improviso, penetrar en tu estancia, al
sentirme abrazada á tu cuello, besándote,
besándote en la boca, en los ojos, en
la frente, en esa frente que yo ansío co-
ronar con mis besos, con estos besos te-
nues, largos, de ensueño, que guardan
mis labios avaramente para ella solo?

Estos besos que salen de mi alma y ascienden por mis labios, despacio, muy despacio, adormeciéndome el cuerpo, besos de reposo y de paz, tan callados como una muerte.

¿No sueñas tú también con unas horas tranquilas de silencio, en que yo dé á tu frente un beso de vaguedad y de misterio, un beso de hermanos, y tú me beses también lentamente, en los ojos, y que luego, sin hablar y sin besarnos, se digan nuestras almas unas cosas muy extrañas y muy hondas, lo que jamás se dijeron porque las palabras son pobres y las miradas inexpresivas?

Yo sueño siempre, en mi soledad, con esa sorpresa y con esos besos. Y á veces, suspendo mi labor ó interrumpo un estudio en el piano, y quedo extática, con los ojos muy abiertos y sin ver nada, inmóvil, soñando estos bellos sueños de felicidad y de encanto.

Junio.





¡Qué crueldad, amor mío, la del Destino contra nosotros! Tú no sabes cómo me han puesto el alma... Pero no quiero atormentarte con mis lamentaciones... Sólo, sí, muerta de dolor, agotada de fuerzas, rendida ya de sufrir, mi alma te grita, á pesar de todo, que es tuya, únicamente tuya, que te ama, que te

amará siempre, por cima de todos los obstáculos y de todas las vicisitudes.

Tuya, tuya, en alma y en cuerpo; ser tuya, en tu alma y en tus brazos...

Tú también, ¿por qué tú también has sido cruel conmigo?

¡Qué horrible lo que oí de tus labios! Tus palabras se han ceñido á mi corazón y lo están ahogando. Parece que tienen dientes y me trituran vorazmente las entrañas.

«Tú no eres; tú no eres... Me he equivocado... Creí hallar en ti á la mujer superior, á la Única y sólo he encontrado un poco de ternura... y nada más».

Tengo que decírtelo para que sufras, para que te estremezcas de remordimiento, al pensar en tu crueldad.

Mas perdóname, perdóname. Es verdad, es verdad. Yo no he sido para ti la que soy, la que seré. Estaba espantada, acosada constantemente.

Tras de mis sonrisas, tras de mis silencios, te he ocultado muchas, muchísimas lágrimas...

Perdóname.

Yo soy, yo quiero creer que soy la que tú has soñado, la que tú amas, la que tú ansías, la que sonreirá feliz, un día, entre tus brazos.

Quiero ahuyentar estas sombras negras, que me envuelven, y pensar en la Esperanza. Quiero sonreírte siempre, desde lejos, ya que no puedo hacerlo á tu lado.

Respiro ahora algo tuyo, algo que tú has dejado, guardándome á mí alrededor. En estos muebles, en estos cuadros, en el aire, en todo, respiro como tu perfume, y todo me parece más bello, más alegre, porque tú lo has visto, porque tú lo has tocado.

¡Cuánto debo haberte hecho sufrir con mis esquiveces! Ahora, al recordarlo, me da una pena inmensa... Mas no me guar-

des rencor, que yo te lo pagaré, te lo pagaré espléndidamente, en una cuenta de felicidad que no se acabará nunca. Estoy sola. Ya van á dar las doce, la hora en que yo te esperaba, contando los segundos...

¡Qué angustia y qué vacío sin ti!

Desde que te dieron su último adiós, mis labios están cerrados. No he vuelto á hablar á nadie. ¡Si vieras anoche qué horas más terribles, más desoladas!

Estábamos á oscuras, con el balcón abierto, sin que ninguno nos atreviésemos á hablar. El silencio hacía daño.

De pronto resonaron unas músicas en

la calle, y todos se agolparon al balcón.

Yo, ahogada de pena, dejé caer mi cabeza en la falda de mi madre, que estaba junto á mí. Y la pobre, sin decirme nada, me acarició los cabellos y la frente, me acarició despacio, lentamente, comprendiendo acaso algo de lo que pasaba por mi alma...

Y las músicas seguían á lo largo de la calle, en la tristeza primaveral de la noche, perfumando el silencio de una infinita y dulce melancolía...

«Amor non torna piu...

Septiembre.





¿Por qué tú estás enfermo y yo lejos
de ti?

¿Cómo habrás pasado esta noche que
ha sido la más larga y angustiosa de mi
vida?

¡Qué pena verte marchar tan enfermo
y tan solo, á donde no hallarás más que

manos mercenarias que te cubren de mala gana!

¡Qué noche de inquietud y de desesperación, sin poder llegar á ti, á tu lecho tan triste, y darte la salud y la alegría, con mis besos, con mi alma, con mi sangre toda!

¡Cómo te hubiera yo cuidado, cómo te hubiese tomado entre mis brazos, como á un pobre niño enfermo, apretándote en ellos muy dulcemente, muy suavemente, para no molestarte, para no hacerte daño... Y muchos besos, muy chiquitos, en tus ojos, en tus labios, en tu frente. Y pasaría, despacito, muy des-

pacito por tus mejillas, las mías...

Yo pienso siempre acariciarte así...

Ya ves, me acaricio la cara creyendo que eres tú quien me la acaricia, y entorno los ojos, y mis manos me parecen las tuyas, y me hablo, me digo muchas ternezas, y mi voz semeja tu voz...

¡Oh, cómo desearía estar realmente entre tus brazos, y sentir en mis labios tus besos!...

¡Oh, mi alma, cerrar los ojos y morir sintiéndola!... ¡Cómo deseo tus caricias! Tus caricias suaves, muy dulces y muy tenues, y tus caricias locas, salvajes, que me destrocen y me maten.

¡Ya verás, ya verás cómo sé amarte!
Tú verás con qué amor y con qué orgullo se abren para ti, de par en par, toda mi alma y todo mi cuerpo!...

¡Tú no sabes el martirio mío de todas las noches, sin llegar á decirte tanta cosa como sube á mis labios, tanta cosa como muere ahogada, sin darte la felicidad suprema de escucharla! Yo no sé qué me pasa... Me molesta oír mi voz. Yo te lo diría todo al oído, ó en tus brazos... sí, sí, en tus brazos, apretándome mucho á tus labios, á todo tu ser; y á veces también á tus ojos sólo, sólo á tus ojos...

¡Qué tristeza, aún no me he visto en ellos!

No hagas tú caso cuando me enfade... Son bobadas, nimoserías... Tú me contentas, ¿sabes? A mí me gustará enfadarme mucho, para que tú me digas cosas y me contentes. Y cuando estemos juntos, para que me cojas en brazos y me des muchos besos como á una niña consentida. Yo te castigaré á ti; también á besitos... Verás qué buena soy contigo y cómo disipo todas las penas de tu vida!

Yo sonreiré siempre, siempre, para que tú no sufras nunca.

Confía en mi cariño, en mi corazón,

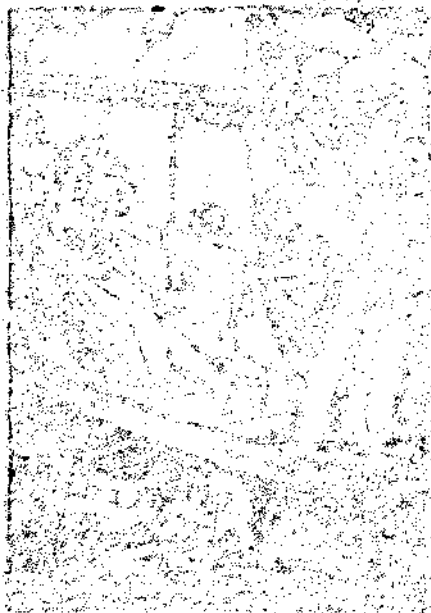
que sabrá encerrarte en un sueño eterno de felicidad. El tendrá para ti todos los amores que no hallaste en la vida. Yo seré tu madre, tu hermana, tu amante. Todo.

Tolérame tú á mí un poco. Ve quitándome con tu dulzura, con tu amor, todas mis rarezas. Yo seré dócil y buena, si mi docilidad y mi bondad te agradan...

Soy la masa de cera entre tus manos...
Tú puedes modelarme como desees.

Octubre.







Yo no sé... Pasaste junto á mi alma,
como un ensueño fugitivo... Y aún no sé
si tu amor fué una realidad ó una qui-
mera.

Me parece mentira tanta dicha. Esto
es enormemente maravilloso para una
mísera vida desesperanzada.

¡Que pena tu ausencia!... Pero no podemos estar juntos. Sería plena y perfecta la felicidad, y nos está vedada.

Esto es horrible, sin embargo. Yo no vivo, no duermo; estoy realmente enferma; me estoy muriendo... Es una prostración, un decaimiento de fuerzas que me tiene consumida.

No puedo vivir, ni aun sufrir sin ti...

Te quiero como eres, bueno ó malo, pero siempre tú; el soñado. Tú eres mi dueño, mi rey, mi dios. Por ti comprendo todos los fanatismos y hasta todos los crímenes.

¡Qué felicidad ser tuya, ser en tu casa!

ti, vivir de tu misma vida en tu propia alma!...

Te adoro, te adoro... Se lo repito, enloquecida, á tus retratos, á tus cartas, á tu sombra que me persigue, que me busca siempre... ¡Y si vieras! De noche, cuando voy adormeciéndome con tus cartas en la mano y tu retrato sobre mi corazón creo que tu alma viene á mí y me acaricia y me besa muy suavemente; y me duermo sonriendo, con tu nombre en mis labios...

Y tú, ¿no sientes también, entre sueños, el roce de mi boca, que es tuya, que te dice adiós, cerrándote los ojos dulce-

mente? Yo pienso que no podré resistir la divina realidad de estas quimeras, que me matará tanta ventura, que sólo al volver á verte moriré...

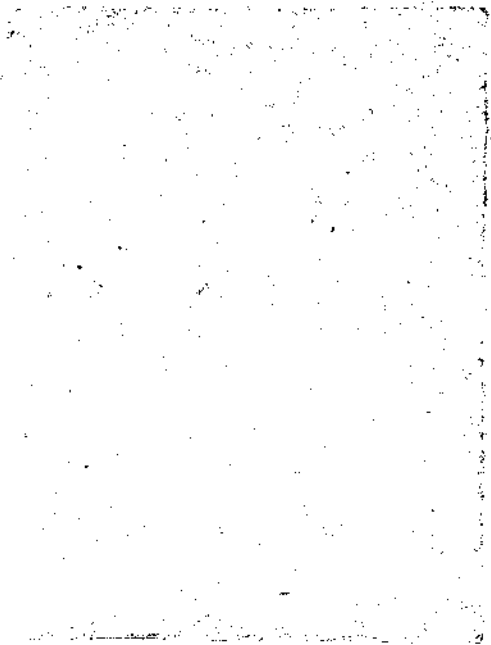
¡Verte, verte, verte siempre á todas horas, no separarme jamás de tí!

¿Cuándo? ¿Cuándo?

¿Cuándo? ¿Cuándo?

Noviembre.



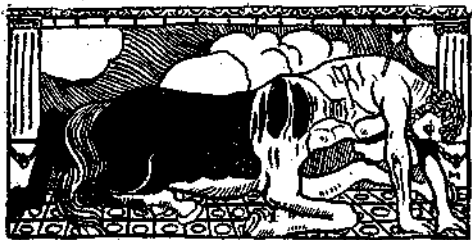




¿Eres un fantasma? ¿Este amor ha sido un bello sueño? Un sueño ¿nada más? Y tantas bellas palabras, tantas lágrimas, tantos besos, ¿no serán sólo ilusiones, notas dispersas de una música que oímos en sueños? ¿En dónde estás? ¿En dónde? ¿Has existido, existes aún?... No lo sé...
No lo sé,

Mi vida sangra por todos sus poros...
No hay sitio en mi cuerpo y en toda mi
alma donde no se abra una herida...
Adiós... Eres lo fatal, lo irremediable...
Y te digo adiós, en la seguridad de que
hoy mismo quizás, acaso mañana, den-
tro de un año, dentro de un siglo, vol-
veré á encontrarte, y á pesar de todo,
volveré á ser tu esclava, algo más tuyo
que el alfiler de tu corbata y la sortija
de tus dedos.

Diciembre.



COMENTARIO

Al azar he copiado esos fragmentos de dos diarios íntimos, tan íntimos, que dudo se hayan escrito alguna vez en la realidad.

Notas incoherentes... ¿Acaso la incoherencia no es la forma más sincera de la sinceridad?

¿Quién los buscó? ¿Una mujer ó varias mujeres?

Una y todas: La mujer.

Todas las mujeres no son más que el camino que el amor recorre en busca de la Única.

A través de la carne perseguimos siempre un alma; y al besar una boca, aun la más bella, aspiramos respirar en sus besos el perfume lejano que nos impregna interiormente... Recuerdo, acaso, de algo que fué nuestro, ó presentimiento de algo que deberá serlo...

El amor no es más que la nostalgia de una felicidad que perdimos, y que anhe-

lamos encontrar en todo, aun en la misma Naturaleza.

Esta historia no fué escrita para nadie, y lo es para todos.

Sus protagonistas no tienen nombres... ¡Que cada enamorado les dé el suyo, y que cada uno ponga algo de su propia vida, en estas páginas, para poder entender el oculto sentido de esta historia... que es la eterna, verdadera y única historia del amor!

FIN

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN LA IMPRENTA ARTÍSTICA,
CALLE DE MONSERCAT, NÚM. 7,
EL DÍA XXVII DE FEBRERO
DE MCMXIV

B. Dip. Almería

AL-821-VIL-tel



